

EL BRONCE FINAL EN EL SUROESTE PENINSULAR: UNA CONTRIBUCIÓN AL DEBATE

FRANCISCO GÓMEZ TOSCANO

RESUMEN

En la reconstrucción del proceso histórico de las sociedades que ocuparon el Suroeste peninsular en la fase final de la Edad del Bronce prevalecen dos interpretaciones que parecen irreconciliables. Por un lado, si la Fase clásica del Bronce Final se inició tan sólo unas pocas décadas antes de la presencia fenicia no pudo existir la necesaria conexión con la evolución local del II Milenio a.C., por lo que habría que introducir en ella un período de varios siglos en los que el territorio occidental permanecería extrañamente vacío y explicar las causas que dieron lugar a ello, así como el origen de la nueva sociedad y su súbita aparición. Por otro lado, si dicha fase debe ser interpretada como la cristalización del desarrollo de la sociedad anterior, el resultado es una historia lineal, sin cortes, que no pueda y deba explicarse empíricamente. El análisis contextual de las evidencias permite desestimar la primera hipótesis, mientras que la segunda puede ser un revulsivo que permita explicaciones más coherentes.

PALABRAS CLAVE: Bronce Final, Protohistoria, Andalucía Occidental, España.

ABSTRACT

In the South West of the Iberian peninsula two antagonistic explanations prevailed among the scholars when the end of Bronze Age (LBA) historical process was to be explained. If classical LBA started only in the closest decades of the arrival of Phoenicians, it must be disconnected to previous development of western society. On the contrary, if local development was a continuity of II Millennium local culture, not a period of unrecorded emptiness must be assumed hence forth. Contextual analysis of archaeological records allows us to underestimate the first hypothesis and consider the second one a new ground for more coherent explanations.

KEY WORDS: Late Bronze. Protohistory. Western Andalusia. Spain.

1. UNA APROXIMACIÓN AL DEBATE

En la actualidad, entre buena parte de los interesados en la Protohistoria peninsular que dedican un capítulo de sus investigaciones a la fase final de la Edad del Bronce en el Suroeste, ha cobrado especial interés el debate acerca del origen y de la evolución de la sociedad local que, con la presencia de comerciantes fenicios en las costas atlánticas entre las últimas décadas del siglo IX y las iniciales del siglo VIII a.C., se integra en el proceso histórico de la sociedad mediterránea, un hecho fundamental para llenar de contenido este período histórico-arqueológico.

En este debate se aprecian posiciones antagónicas irreconciliables. De una parte, con la presunción de partir de una interpretación *objetiva* de las estratigrafías en las que sólo se estima la presencia de rasgos de cultura material que confirmen la existencia de unos períodos histórico-arqueológicos definidos de antemano, en el proceso histórico aparecen cortes sustanciales cuya explicación se acerca demasiado a una interpretación difusionista de los cambios. De otra, utilizando los mismos datos, parece obvio entender que a lo largo del II Milenio a.C. la sociedad occidental experimentara procesos de cambio como resultado de factores muy diversos, los cuales no tuvieron por qué ser sincrónicos en el tiempo, homogéneos en el territorio, o exclusivamente de origen extrapeninsular.

Mientras que desde la primera opción no es posible plantear una explicación coherente para los cambios observados en la cultura material, que únicamente pueden interpretarse incluyendo el típico vacío poblacional que no es contrastable empíricamente, o asumiendo la llegada de poblaciones ajenas al territorio en cuestión, desde la segunda opción se obtiene un hilo conductor que tal vez permita establecer que las diferencias sustanciales observadas coadyuvan a la explicación de un proceso histórico complicado pero lógico, en el que la sociedad occidental evoluciona al ritmo marcado por el desarrollo de nuevas estrategias tecnológicas, políticas, y económicas que, en algún caso, pudieron generarse por la influencia de unos contactos extrapeninsulares previos a la presencia fenicia, que sí tienen, por contra, su confirmación empírica, al tiempo que también pudo existir algún tipo de perduración de las formas de vida anteriores reflejadas en la cultura material, sin que se observen en ellas signos de cambio que sean demasiado evidentes cuando éstos se analizan con las técnicas comparativas al uso en Arqueología.

En la primera interpretación, entre los siglos IX/VIII a.C. se produce un cambio generalizado cuyo efecto fue un aumento demográfico que es detectable en la ocupación del Suroeste peninsular por numerosos asentamientos del Bronce final que parecen surgir en estos momentos, entre cuyos elementos de cultura material comienzan a aparecer importaciones orientales o vasos a mano que ya presentan algún tipo de influencia de las formas cerámicas a torno. La causa de esa ocupación generalizada del espacio se relaciona con la presencia en las costas occidentales de los comerciantes fenicios, cuyo efecto sería la revitalización de la sociedad *local* en un territorio que había permanecido desocupado entre la primera mitad del II Milenio en algunos casos -tal vez sólo desde mediados de la segunda mitad del mismo milenio en otros- y las últimas décadas del siglo IX a.C., que es la fecha estimada para el inicio de la ocupación de los únicos hábitats prefenicios conocidos. Por ello, por el vacío Suroeste y sólo desde los hábitats del Cabezo de San Pedro, Carmona, Setefilla y el Llanete de los Moros (ESCACENA, 1995), se expanden unas gentes cuyo origen parece difícil de explicar, en especial porque en un territorio presumiblemente vacío todo aumento demográfico tiene que nutrirse de aportes exógenos, a menos que se contemple un tiempo mucho más extenso que unas pocas generaciones para su conformación y desarrollo.

En la segunda opción, la evolución local de la Edad del Bronce cristaliza a finales del II Milenio a.C. en una sociedad compleja, definida como Bronce final preferencioso a partir de unos elementos de cultura material específicos, que se desarrollan en un tiempo y en un espacio determinados. Su efecto es la aparición paulatina de un mayor número de asentamientos, con diferencias claramente observables entre ellos por la nueva reestructuración del espacio, a causa de la especialización o la diversificación en la explotación de los recursos locales, y por la posición relativa que cada uno ocupa en el conjunto del territorio, que bien permite la total independencia de cada uno de ellos, o bien que algunos queden subordinados por la hegemonía de unos pocos (GÓMEZ, 1997). Como es lógico, en este planteamiento tiene una perfecta cabida las relaciones extrapeninsulares preferenciosas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1992; RUIZ-GÁLVEZ, 1995; ALMAGRO, 1993; ALMAGRO y FONTES, 1997).

A su llegada a Occidente, los comerciantes fenicios se encuentran con esta sociedad compleja y dinámica, establecida en un territorio que presentaba una estructura de carácter urbano (CAMPOS y GÓMEZ, 1995), lo cual hace factible su rápida incorporación a ella y al desarrollo de su comercio colonial en beneficio de ambas.

En definitiva, las últimas consecuencias del debate están en atribuir a los fenicios el motor de cambio para la sociedad occidental, que si en la primera interpretación conservadora esta sociedad todavía era indiferente o ajena a cualquier impulso que la relacionase con la dinámica mediterránea, en la segunda opción la presencia fenicia va a ser sin dudas fundamental, pero no será ni la única ni la primera en acercar ambas orillas del Mediterráneo.

2. LA NECESIDAD DE REINTERPRETAR LAS ESTRATIGRAFÍAS

Para llegar a que este debate se formule, desde la primera opción se parte del estudio tipológico de los materiales obtenidos en estratigrafías que pueden estar muy alejadas entre sí, de la definición de períodos o fases a partir de presencias y ausencias de los tipos registrados en cada contexto, y sólo de su posición en el tiempo, puesto que el espacio, al considerarse homogéneo a todo el Suroeste, parece no tener relevancia alguna. A partir de ello, una vez reconocidas las evoluciones locales detectadas, éstas se han hecho extensivas al conjunto del territorio, conformándose así un esquema cronológico-cultural generalizado para Andalucía occidental.

En la década de los años sesenta, para abordar la reconstrucción de los procesos históricos de la Edad del Bronce en el Suroeste peninsular, las evidencias eran muy escasas dado que eran pocos los hábitats y necrópolis excavadas. Con ello, entre la abundancia de datos pertenecientes a la Edad del Cobre, en especial los obtenidos en relación con los monumentos megalíticos, y los más recientes del período *ibérico* parecía faltar un hilo conductor con el que explicar la necesaria continuidad de su ocupación, a menos que se utilizaran para ello algunos hallazgos de bronces sueltos o sin un contexto arqueológico claro (SCHÜ-

LE, 1969: 17). La actividad desarrollada en las décadas siguientes posibilitan ahora contar con una muestra de análisis lo bastante amplia para que, frente a posiciones conservadoras generalizantes, puedan ya ser considerados obsoletos los viejos planteamientos que han venido prevaleciendo en los últimos años.

En esta muestra, que ya está representada por más de medio millar de yacimientos localizados en las actuales provincias de Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla (RUIZ MATA, 1995), las evidencias no son homogéneas porque la mayor parte de ellas corresponden a hallazgos detectados casi exclusivamente en prospecciones superficiales, y son tan sólo unos pocos los que su evolución en el tiempo se confirma en más de un pequeño sondeo estratigráfico, lo cual sólo permite establecer una serie de hipótesis alternativas que deberán contrastarse con una mayor labor de campo.

Por ello, al no existir todavía una solución clara, nuestro convencimiento es que el problema estriba en la cronología estimada para los inicios del Bronce Final y su desarrollo posterior, que si hasta hace poco sólo era posible integrar en momentos muy cercanos a la primera aparición de las importaciones fenicias en las costas peninsulares, el hallazgo de cerámica a torno importada del Egeo durante el II Milenio a.C. integrada en un claro contexto de la Edad del Bronce (MARTÍN DE LA CRUZ, 1992), permite utilizarla también como término *ante quem* para los inicios del período, y que no sea la aparición de cualquier vaso a torno la evidencia que se instrumente para incluir la fase en que éste se encuentre en un momento relacionado con la presencia fenicia. Por otro lado, al haberse apreciado una incuestionable continuidad en muchos de los hábitats excavados que se extiende entre mediados del II Milenio a.C., si no antes, y en la fecha del inicio de los contactos con los fenicios, que no puede ser anterior al 800 a.C. (RUIZ y PÉREZ, 1995; GÓMEZ, 1997), parece difícil defender con coherencia la existencia de un hiato ocupacional de casi medio milenio en el conjunto del Valle del Guadalquivir y Huelva, que si ha podido achacarse a deficiencias en el desarrollo cuantitativo de la investigación, sólo puede haber resultado de partir de una reconstrucción paradigmática cuyo principio metodológico es que, sistemáticamente, se haya establecido una secuencia histórica explicada a partir de períodos arqueológicos homogéneos, definidos por unos tipos de cultura material a los que se les han otorgado cronologías muy cerradas, los cuales deberían aparecer en todos y cada uno de los hábitats y superponerse unos a otros debidamente. Por nuestra parte hemos defendido (GÓMEZ, 1997) que los problemas específicos para aceptar la continuidad en el poblamiento se deben únicamente a que no se han interpretado, en algunos casos, las relaciones contextuales tal como se presentaban, sino que, a priori, las evidencias de la mayor parte de las excavaciones fueron adaptadas a los períodos histórico-arqueológicos establecidos de antemano, considerando haber excavado *estratos revueltos* cuando todos los tipos cerámicos localizados en un mismo contexto no se ajustaban, como debía ser, al paradigma al uso.

Pero si el debate se extiende a la explicación histórico-arqueológica de la segunda mitad del II Milenio a.C., siguen apreciándose contrastes que se fundamentan en el mismo problema metodológico. A lo largo de los últimos años una

serie de estratigrafías realizadas en las provincias de Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla han servido para establecer y confirmar la evolución pre y protohistórica de Andalucía occidental, que no deja de ser un calco de la oriental donde todo parece estar solucionado, a pesar de una suerte de hipótesis que no hacen sino confirmar dicho problema. En el fondo, este hecho surge de la falta de información que todavía existe, lo cual lleva lógicamente a generalizaciones elementales.

A pesar de que haya sido superada ya la concepción globalizadora de un Bronce Pleno argárico que se extendía por todo el territorio meridional, no obstante, en el Suroeste, representada por una serie de cerámicas típicas de génesis meseteña -Argar C, Bronce Tardío, o también Horizonte de Cogotas I- tiene que ser la fase arqueológica que, igual que en el Sureste, se superponga al aquí denominado Bronce (pleno) del Sudoeste (no argárico), y que de ésta se desarrolle el Bronce Final (tartésico o preferencio).

Esta concepción aparece claramente conformada a mediados de la década de los ochenta (SERNA y otros, 1984), cuando se vuelven a definir el Bronce Antiguo y el Bronce Pleno en el Bajo Guadalquivir utilizando las evidencias obtenidas en Setefilla y El Berrueco (AUBET y otros, 1983; ESCACENA y FRUTOS, 1985) que, en el seno de la nueva reconstrucción paradigmática, daban pie para modificar planteamientos anteriores, puesto que ya no se podía aceptar que la secuencia Bronce antiguo-Bronce pleno se correspondiese cronológicamente con el Complejo Campaniforme Tardío que perduraba hasta finales del II Milenio a.C. (SERNA y otros, 1984: 1053). De la misma forma, tampoco debía aceptarse desde entonces que el Bronce Final fuese la continuidad de lo autóctono (SERNA y otros, 1984: 1053). Resulta claro pues, que lo que desde esos momentos se comenzó a cuestionar era la posible perduración del fenómeno Campaniforme en la segunda mitad del II Milenio a.C. y que fuese lícito admitir que lo tartésico se debiera a *...un desarrollo autóctono con raíces en un complejo calcolítico del segundo milenio* (SERNA y otros, 1984: 1054), sobretodo por la inclusión del nuevo Bronce pleno (Bronce del Sudoeste) y su cronología, que debía fijar el final de la Edad del Cobre en la primera mitad del II Milenio a.C., al tiempo que en los elementos definidores del Bronce final no se veía con claridad la necesaria continuidad tipológica.

Siguiendo esta reinterpretación de los años ochenta, en los estratos más profundos de Setefilla se documenta por primera vez, con precedentes en el conocido sitio de El Berrueco, una fase arqueológica cuya cultura material era similar y paralela al Bronce del Sudoeste de Portugal (SCHUBART, 1975) y al de las últimas estribaciones de Sierra Morena en la provincia de Huelva, cuya cronología se estimaba *circa* 1570 a.C. a partir de muestras de carbón (AUBET y otros, 1983), una fecha que ha sido cuestionada y considerada, sin embargo, demasiado alta desde la interpretación alternativa de dicha estratigrafía de Setefilla (MARTÍN DE LA CRUZ, 1988a).

El acabado de las cerámicas de Setefilla alcanza una mayor calidad que las portuguesas y las de la Sierra de Huelva, pero entre ellas había que incluir la presencia de vasos y decoraciones relacionados con el Horizonte de Cogotas I, así como otras formas cerámicas "más evolucionadas", como las bicónicas y las de

carena alta bruñidas, que son *...un precedente muy claro de los tipos característicos del Bronce Final del Bajo Guadalquivir* (SERNA y otros, 1984: 1062), apareciendo incluso motivos decorativos bruñidos por el interior de los recipientes abiertos y motivos bruñidos y pintados en rojo por el exterior de los vasos cerrados, los cuales se generalizarán con posterioridad hasta canonizarse en el Bronce Final.

Con estos planteamientos, el estrato XIII de Setefilla ha resultado difícil de interpretar, pero si se considera que sólo debe representar la deposición neta -positiva- de un proceso erosivo-sedimentario y, por ello, no revuelto o mal excavado, sino que responde claramente a la acumulación de detritos *ocupacionales* durante un período amplio que se sitúa entre las más recientes manifestaciones del Bronce del Sudoeste y las más arcaicas del Bronce Final, en el que al mismo tiempo aparecen formas asimilables al Bronce Tardío, lo que realmente se obtiene es la evolución *local* de este hábitat y no la de todo el Suroeste peninsular.

De la misma manera, en Monte Berrueco, si se interpretara con lógica que el estrato definido como el más reciente de la estratigrafía (ESCACENA y FRUTOS, 1985) no se corresponde todavía con una fase colonial fenicia, sino que está en sintonía cronológica con los estratos de Montoro donde han sido identificados los vasos a torno micénicos (MARTÍN DE LA CRUZ, 1988b; 1992), lo que se obtiene es el desarrollo -también local- de una fase ocupacional entre los siglos XVII-XIV a.C., que en cierta manera es paralelizable con la de Setefilla y la del yacimiento del Llanete de los Moros. No obstante, parece extraño que en ella no estén representadas formas de Cogotas I, o de un momento antiguo del Bronce Final preferencial, que sólo puede ser interpretado como que esa fase de Medina Sidonia termina antes que la que se ha documentado en las dos estratigrafías antes mencionadas, al menos en el lugar que se ha excavado en El Berrueco, aunque los fragmentos carenados 267 y 269-271 de la Fig. 34 (ESCACENA y FRUTOS, 1985), pueden tal vez indicar su relación con algunas de las formas que se van a canonizar con posterioridad, que sí fueron recogidas en otras áreas del lugar (ESCACENA y otros, 1984).

En los nuevos planteamientos, esta fase *local* tendría que empezar inmediatamente después del final de la Edad del Cobre, puesto que en ella perduran algunas formas típicas de esos momentos (ESCACENA y FRUTOS, 1985: 24), entre las que los autores relacionan un cuenco de borde plano con decoración campaniforme (ESCACENA y FRUTOS, 1985: Fig. 10, 6), que ciertamente fue localizado en el estrato IV y no en la base de la estratigrafía, aunque pueda aceptarse que corresponda a un elemento intrusivo (ESCACENA y LAZARICH, 1991). Esta *rara* asociación puede equipararse con la documentada en el hipogeo excavado en las cercanías del que va a ser uno de los primeros asentamientos fenicios de la Península Ibérica, el Castillo de Doña Blanca (RUIZ MATA, 1994b: 261), donde no sólo aparece cerámica campaniforme sino otras de un Bronce pleno con paralelos en el estrato III de Medina Sidonia, y también del final de la Edad del Bronce (RUIZ MATA, 1994a).

En el mismo sentido, en el Llanete de los Moros, otro poblado de altura que se sitúa estratégicamente en un lugar de paso donde se producen contactos de amplio término, las secuencias estratigráficas han proporcionado una visión de

su evolución local en la segunda mitad del II Milenio a.C. Como en las anteriores secuencias, algunos estratos de base representan su ocupación durante la Edad del Cobre y otros con claros rasgos del Bronce pleno, pero en los siguientes aparecen las formas novedosas que después van a definir el Bronce final prefenicio. Aquí, la presencia de elementos del Horizonte de Cogotas I es muy abundante, pero en el Corte R-3 los primeros estratos también contienen formas del Cobre final y del Bronce (MARTÍN DE LA CRUZ, 1988b: Fig. 2), que hay que incluir en el amplio lapso de tiempo en que se formaron los niveles I al V. La aparición, en estos momentos, del fragmento de crátera micénica significa un importante elemento de cronología relativa, que al ser posterior o sincrónico a algunas de las formas del Horizonte de Cogotas I, aporta la fecha necesaria para una parte del proceso a mediados del siglo XIII a.C, según se contemple su datación arqueológica histórica, o tal vez de finales del II Milenio a.C. según la radio-carbónica absoluta.

En el yacimiento sincrónico de Carmona (PELLICER y AMORES, 1985), la ocupación nuclear de la Mesa (AMORES y RODRÍGUEZ, 1985) ha dado lugar a que no exista una secuencia estratigráfica clara en cada uno de los cortes realizados, al menos las fases no aparecen radicalmente nítidas, al aportar también formas antiguas en estratos modernos; de hecho lo que no aparece en las áreas excavadas es la reconstrucción paradigmática en pisos estancos superpuestos y en la debida sucesión. Sin embargo, y según las evidencias estratigráficas, en el conjunto de Carmona están representadas las mismas formas cerámicas que en Montoro, incluso un fragmento a torno micénico (MARTÍN DE LA CRUZ, 1992), lo cual confirmaría la posibilidad de una evolución local de la Edad del Bronce tal vez similar a la del citado yacimiento del Llanete de los Moros, en la que desde un contexto del Bronce pleno se pasa a otro del Bronce final antiguo, manifestándose la transición entre ambas fases mediante la aparición de cerámicas relacionadas con el Horizonte de Cogotas I y las a torno micénicas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1992), aunque se mantengan formas antiguas en momentos más recientes, lo cual indica que la transición se genera por evolución local más que por un cambio resultante de influjos o aportaciones exógenas. Esta circunstancia ha sido confirmada en un corte que ha sido publicado muy recientemente (JIMÉNEZ, 1994), en el que, por debajo de un claro contexto de Bronce final prefenicio, que se fecha en el siglo IX a.C. para explicar el consabido vacío poblacional, esa fase de transición se documenta debidamente en un claro período donde aparecen abundantes formas de Cogotas I junto a otras de apariencia anterior no tan claras.

En la Mesa de Gandul, según los datos publicados (PELLICER y HURTADO, 1987), se estima una evolución local sin solución de continuidad desde un Cobre final hasta un Bronce final, siendo de destacar que en el estrato IX coexistan formas del Bronce pleno con otras típicas del Bronce final, así como la falta de elementos del Horizonte de Cogotas I en todo el conjunto.

Por otro lado, en Lebrija, aparecen fragmentos campaniformes por debajo de la fase del Bronce pleno en las capas 29 y 30 (CARO y otros, 1987: 173) y, a su vez, estas capas también aportan los consabidos precedentes para el Bronce final

junto a formas relacionadas con Cogotas I. Aunque no apareció en esta estratigrafía a la que se hace referencia (CARO, 1989), no debería olvidarse el plato de borde almendrado que presenta unos motivos decorativos que son típicos de dicho Horizonte de Cogotas I, los cuales están indicando bien continuidad de formas del Cobre cuando ya se conocen esas decoraciones, o bien que algunos motivos decorativos del Bronce Tardío comenzaron a aplicarse ya en la fase final de la Edad del Cobre, un hecho a tener en cuenta cuando un fragmento tenga que adscribirse a un período u otro.

Además de los yacimientos que se han mencionado, en otros aparece la secuencia casi completa (RAMOS y GONZÁLEZ, 1992) o sólo alguna de las fases, bien porque los hallazgos sean de superficie, bien porque estos hábitats no se excavaron con la extensión necesaria, o tal vez porque fueron ocupados tan sólo durante una de ellas. En casos muy específicos, sin que ello pueda comprobarse en su generalidad por las circunstancias que se han mencionado, en un mismo contexto estratigráfico se encuentran elementos de Cogotas I y del Bronce final, como en la Sierra de San Cristóbal (RUIZ MATA, 1994b) o Campín Bajo (RUIZ MATA, 1994a; GUTIÉRREZ y otros, 1993a; 1993b), y en el hallazgo cerrado de Alájar (GÓMEZ y otros, 1992). De la misma forma, existen contextos estratigráficos con una sola fase del Bronce final, ya sea ésta claramente preferencia o con continuidad en el período orientalizante, como en Montemolín (BANDERA y otros, 1993), o en El Carambolo (CARRIAZO, 1973).

No obstante, en el yacimiento mencionado de Montemolín, a pesar del problema que planteó en su día el fragmento de Boquique (CHAVES y BANDERA, 1982), una vez completado el estudio de la mayor parte de las campañas (CHAVES y BANDERA, 1992), dado que las autoras asimilan la fase inicial con los estratos IV y V de El Berrueco, esta primera fase de Montemolín debe adelantarse a un momento sincrónico o inmediatamente posterior a la aparición de Cogotas I, aunque es posible que algunas formas como las bicónicas estuviesen presentes ya, correspondiendo así a un momento del Bronce Final preferencia anterior al clásico de la Fase I del Cabezo de San Pedro, debiendo ser los inicios de esta fase muy cercanos al cambio de milenio y su final de los últimos momentos del siglo IX a.C.

La secuencia del paradigmático cabezo onubense, así como la de otros hábitats conocidos en la Tierra Llana de Huelva (CAMPOS y GÓMEZ, 1995), debe incluirse en el grupo de los que presentan una sola fase del Bronce, pero también debe tenerse en cuenta que no se han excavado los niveles más antiguos de las zonas llanas del hábitat ocupado por la actual ciudad de Huelva, y que en dicho cabezo, por debajo de lo que ahora se conoce como Fase I (RUIZ MATA, 1995), existían entre cinco y seis metros de sedimentos anteriores (BLÁZQUEZ y otros, 1970) con cerámicas bruñidas sin decoración muy similares a las de la fase clásica, pero con notables diferencias al no presentar decoraciones bruñidas (GÓMEZ, 1997: Fig. 28). Y también, que en el conjunto de los cabezos de Huelva se han detectado materiales que pueden incluirse entre las formas típicas del Bronce pleno y de las del Horizonte de Cogotas I, desgraciadamente fuera de su contexto, las cuales están depositadas en el Museo Provincial donde permane-

cen inéditas. El que no se hayan detectado hasta ahora en las actuaciones realizadas no debe considerarse un indicador determinante a partir del cual deba plantearse que no existieron, pues debe recordarse que hasta 1980 (GARRIDO y OLMOS, 1982) tampoco se habían registrado todavía cerámicas griegas arcaicas y ahora se cuentan por miles.

De todo ello se desprende que, en algunas zonas del Suroeste, se conocen hábitats que fueron ocupados durante todos los períodos teóricos definidos por la investigación arqueológica -Cobre, con o sin Campaniforme, y Bronce antiguo, pleno, tardío y final- mientras que en otras sólo aparecen durante una amplia fase preferencia del Bronce final, continuando habitados durante el período orientalizante la mayor parte de ellos.

En las estratigrafías realizadas en las primeros, de faltar alguna de las fases establecidas a escala general del territorio, tal circunstancia podría achacarse a disfunciones locales, tales como el traslado de las unidades de habitación a otras áreas inmediatas o a que en los escasos cortes realizados, por cualquier motivo, hayan faltado las evidencias, en algún caso porque la deposición neta de sedimentos haya sido negativa. En otras, los elementos anteriores pueden no haber existido o, lo que sería muy extraño, es que no hayan podido documentarse en los yacimientos excavados o prospectados con cierta amplitud. Cuando en un mismo estrato aparecen formas cerámicas que pertenecen a más de una de las fases teóricas, la mayor parte de los autores son renuentes a aceptar otra interpretación que no sea el encontrarse ante estratos revueltos o poco claros. En general, la presencia de algún elemento *antiguo* en contextos más recientes se interpreta, con lógica, como resultado de inversiones producidas en los procesos postdeposicionales de los que ningún yacimiento arqueológico está libre. Pero el mayor problema para su explicación actual surge cuando tan sólo se documentan unos pocos fragmentos de vasos campaniformes o del Horizonte de Cogotas I, omnipresentes en demasiados de los hábitats investigados con cierta profusión en el bajo Guadalquivir, que únicamente presentan fases del Bronce pleno y/o Bronce final antiguo.

Con ello, mientras que en el Suroeste no se obtengan las pertinentes evidencias en estratigrafías como la de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979) o la de Orce (PELLICER, 1994), se podría reconsiderar la desdeñada alternativa de la perduración del fenómeno Campaniforme hasta los siglos finales del II Milenio a.C. (HARRISON y otros, 1976), al menos en el bajo Guadalquivir. No puede olvidarse que para mantener la fecha final de este fenómeno en el límite de la primera mitad del II Milenio a.C. los únicos paralelos siempre aducidos son Montefrío y Orce, tal vez demasiado alejados en el espacio y por qué no en el tiempo.

Con estos planteamientos, dado que el final de la Edad del Bronce puede remontarse a los siglos XIV-XIII a.C. (RUIZ MATA, 1994b: 272), la fecha final del Fenómeno Campaniforme, la del Bronce Pleno, la transición representada por la intrusión del Horizonte Cogotas I en algunos hábitats, la de la aparición de importaciones orientales preferencias, y la de los inicios del Bronce final se sitúan en un espacio temporal que no puede ser muy amplio. Al menos el exis-

tente entre los comienzos y el final de la secuencia no puede ser de siete siglos si se mantiene la cronología del siglo IX para los inicios del Bronce final. Tal vez este corto período cronológico se circunscribe únicamente al bajo Guadalquivir pues, en otras áreas, como en la Sierra de Huelva (GÓMEZ, 1997; e.p.) o en Extremadura (PAVÓN, 1994) donde tampoco se han podido documentar demasiados elementos campaniformes, no existen evidencias de que los elementos materiales que definen el Horizonte Cogotas I puedan ser estimados los factores del cambio como en el Sureste, y que determinen el fósil-guía de la evolución del Bronce Pleno al Bronce Final, ya que la esporádica presencia de algunas piezas, o la total falta de ellas, así lo aconsejan.

En el momento presente, reconocidas las evidencias que cada vez con un mejor fundamento van aportando elementos extrapeninsulares al proceso de cambio que significa la Edad del Bronce en el conjunto del Sur peninsular, sin que pueda dejarse de lado la manifiesta importancia de los aportes a dicho proceso de los elementos autóctonos, parece interesante volver a citar aquí algunas de las reflexiones del Prof. Pellicer, cuando estimaba que el Bronce Pleno que se había reconocido en el bajo Guadalquivir podía ser la *...cultura-puente entre el calcolítico y el bronce reciente* [y que en el proceso quizás] *...no existen rupturas radicales, sino simplemente una especie de epicalcolítico o epicampaniforme, localizado en los grandes yacimientos nucleares* (PELLICER, 1994: 72).

Lo que resulta claro en el Suroeste es la continuidad de su ocupación; los hiatos que se han detectado en las estratigrafías, en la mayor parte de los casos, deben responder a la normal constitución de los estratos arqueológicos, pues los períodos de interfase están representados en las cercanías de los mismos yacimientos excavados, tal como en Lebrija. Si se quiere ser objetivo, su interpretación como vacíos generalizados en un área tan dinámica como es el bajo Guadalquivir y Huelva tiene que ser revisada con los datos actuales. Un claro ejemplo es la abundancia de asentamientos localizados en el reborde oriental de las marismas del Guadalquivir y en el entorno de la bahía de Cádiz; a pesar de que las formas típicas del Bronce pleno no sean abundantes, en algunos de ellos se observa la presencia de elementos del Cobre, del Bronce Tardío y del Bronce final (GONZÁLEZ y otros, 1995: 222).

3. EVOLUCIONES LOCALES COMO UNA ALTERNATIVA PARA EXPLICAR EL PROCESO

Entre los cursos bajos de los ríos Guadiana y Guadalquivir se han observado unas diferencias que impiden establecer una línea conductora basada en el paradigma preestablecido (GÓMEZ, 1997). Por un lado, durante el final de la Edad del Bronce, tanto en los asentamientos localizados en gran parte de la actual Extremadura en conexión con el curso del Guadiana (ENRÍQUEZ, 1990; PAVÓN, 1994), como en otros localizados en el entorno de los ríos Chanza y Múrtigas (GÓMEZ, 1997), ambos afluentes del primero, aparecen cerámicas a mano con decoración bruñida por el interior y el exterior, que indican una evidente interacción con otros asentamientos sincrónicos del Bajo Tajo, donde la

misma decoración sólo se aplica por el exterior, y con los de la Tierra Llana de Huelva y el bajo Guadalquivir, donde es casi exclusiva la decoración por el interior de las formas cerámicas abiertas. De la misma forma que la proximidad geográfica de los primeros no impide explicar su relación con el Bajo Tajo, los segundos se pueden conectar fácilmente con la ría de Huelva a través de las cuencas del Odiel y del Tinto, y con otros localizados en la Ribera de las Huervas (ROMERO, 1995), donde la decoración también se aplica exclusivamente por el interior como en el resto de la cuenca del Guadalquivir. En general, los asentamientos que se localizan en las últimas estribaciones de Sierra Morena sólo presentan una única fase del Bronce final, los cuales pueden aparecer tanto en lugares donde antes existió una ocupación del Cobre, de la que tal vez evolucionan (MONGE y otros, 1994), como generarse claramente a partir de una ocupación previa del Bronce del Sudoeste (HURTADO y GARCÍA, 1994), sin que en el mismo lugar se documenten evidencias de un momento posterior, ya sean fenicias arcaicas o del período orientalizante, que no correspondan a formas del Hierro II de los siglos V-IV a.C., un hecho que daría lugar a interpretar el consabido vacío poblacional como explicación más oportuna, en este caso de sólo unos siglos.

Como indicadores de cronología comparada, en hallazgos que pueden estimarse cerrados como en Alájar (GÓMEZ y otros, 1992) o en Los Praditos (PÉREZ, 1983), un lote de cerámicas bruñidas del Bronce final se asocia con un cuenco del Horizonte de Cogotas I en el primero y otro de tipo similar, junto a un puñal de bronce con paralelos en la ría de Huelva, en el segundo. De la misma manera, en el nivel más profundo de Coroa do Frade, del Bronce final portugués relacionado con el bajo Tajo (MORAIS ARNAUD, 1979) que debe ser, sólo desde un punto de vista tipológico, más antiguo que el Bronce final del bajo Guadalquivir (SCHUBART, 1975), apareció una fíbula de doble resorte que no encaja en la lógica cronología preferencia que habría que asignar a éste y a otros hábitats que presentan los mismos tipos cerámicos e idénticas características estructurales definitorias.

Estas circunstancias nos obligan a sopesar la existencia de un desarrollo muy complejo en el que los procesos de cambio no debieron ser homogéneos ni en el tiempo ni en el espacio, al menos no se puede otorgar una cronología precisa para cada una de las manifestaciones de la cultura material, en especial en cuanto a asociaciones contextuales con elementos a los que deben darse cronologías dispares. No es posible saber en qué momento comienzan a aparecer las primeras formas del Bronce final en el hábitat del Trastejón (HURTADO y GARCÍA, 1994), ni hasta cuándo perdurarán los cuencos hemisféricos que eran típicos en la fase del Bronce pleno dentro del mismo sitio. Tampoco es posible conocer cuál es el momento en que se asocian las formas típicas del Bronce final con las del Horizonte de Cogotas I en la tumba de inhumación de la cueva de Alájar (GÓMEZ y otros, 1992), o en el que ambas conviven con el puñal de bronce típico de la ría de Huelva en el túmulo de los Praditos (PÉREZ, 1983). Por último, si Coroa do Frade es un hábitat típico del Bronce final portugués (MORAIS ARNAUD, 1979), a juzgar por la cronología de la fíbula, es posible

que su ocupación perdurara lo suficiente, incluso sin cambios en la ergología del asentamiento, hasta momentos muy cercanos en los que ya se aprecia en la zona la presencia de la fase de poblamiento del Hierro II continental, que se debe fechar no antes del siglo V a.C., según las cerámicas áticas que se asocian a las formas locales.

Muy recientemente se ha demostrado que la explotación de la plata en Riotinto es un fenómeno que debe adscribirse a la sociedad del Bronce pleno (PÉREZ, 1996), así como que será durante el Bronce final cuando se produzca el gran auge en la extracción de cobre a partir de carbonatos en poblados mineros como Chinflón (PÉREZ, 1996). En estos campamentos mineros que se dedican a la extracción de cobre no han aparecido importaciones orientales que indiquen una cronología más precisa que la generalizada que se ha otorgado a las cerámicas carenadas bruñidas del Bronce Final del Cabezo de San Pedro, por lo que han de considerarse anteriores al 800 a.C., o bien que perduraron en momentos posteriores sin que tuviesen algún tipo de relación o contacto con los hábitats de la costa donde ya estaban presentes los fenicios (PÉREZ, 1996), un hecho que resultaría muy extraño dada la proximidad con las áreas donde se explotaba plata.

Donde se extrajo ésta a partir del *gossan*, las evidencias indican una primera fase de explotación que debe incluirse entre la cronología del II Milenio de Tres Aguilas y la que se pueda deducir de las primeras manifestaciones a torno de Cortalagos (PÉREZ, 1996), siendo siempre la copelación el método de extraerla en la última fase del proceso metalúrgico. Pero, sin dudas, el auge de la explotación debe producirse con la demanda de plata metálica por parte de los fenicios a partir de la fecha histórica de su presencia, que no pudo ser muy anterior a los años 800-750 a.C.

Los navegantes fenicios que en la fecha histórica inician sus contactos con la sociedad occidental, encuentran un territorio en el que se asentaba una sociedad compleja y dinámica que no responde precisamente a algo que parezca nuevo, exótico, recién formado o ajeno a las tradiciones previas, sino que es la culminación de un proceso que tuvo su génesis en momentos muy anteriores. Su estructura territorial y ocupacional responde a un conjunto de ciudades-estado que dominan un territorio específico en el que existen otros más pequeños que tal vez dependen de las anteriores, con una economía muy diversificada, en la que obtienen una variada gama de recursos cuyos excedentes se intercambiaban a través de círculos comerciales consolidados, los cuales se usan para interrelacionar un territorio con fronteras establecidas y que llevan muchos años manteniendo contactos de gran radio de acción previos a la presencia fenicia, por lo que ya conocían cómo debían responder a las posibilidades y las técnicas de control de los mercados locales, regionales y extrapeninsulares.

Pero, al mismo tiempo, en otras zonas muy periféricas del Suroeste, tal vez unas gentes con características similares a las anteriores se mantienen en la inercia de su propio desarrollo al encontrarse demasiado apartadas de los focos de decisión política, económica o tecnológica ya existentes, o que se están creando en esos momentos como resultado de la presencia fenicia, y sólo van a participar

de forma indirecta de las novedades. Incluso pudo darse el caso de que antes de haber tenido acceso a esas novedades, en otros centros más dinámicos -los costeros especialmente- se hayan producido ya sustanciales cambios, y que fuera sólo de estos últimos de los que participasen, manteniendo la misma estructura arcaica durante todo el período orientalizante, sin haber pasado por otra situación intermedia.

La presencia de fenicios en zonas alejadas de la costa no está contrastada. De hecho, los primeros visitantes fenicios estarían interesados en la oferta de metal local, que se materializa en los puertos, y no en la explotación directa de las minas (PÉREZ, 1996), por lo que la fundación de Gadir responde a unos objetivos que son evidentes. No obstante, esa fundación sólo fue posible por la aceptación implícita de la sociedad local, al igual que su presencia en el puerto de Huelva y tal vez en otros hábitats occidentales, donde la convivencia parece que fue pacífica. Si la evolución de los hábitats locales, una vez que éstos están inmersos en el período orientalizante, fue homogénea, nos parece una historia que sin dudas deberá analizarse desde planteamientos muy diferentes a los que han prevalecido hasta ahora, evitando, también en este caso, cualquier generalización que no haya sido contrastada.

Tal como ha evolucionado la investigación en las últimas décadas del siglo XX, a lo largo del segundo milenio y en los inicios del primero a.C., la sociedad local del Suroeste peninsular languidecía pausadamente y a un ritmo muy diferente al de la zona oriental argárica, donde todos los cambios parecen tener una explicación lógica. En el Suroeste, hasta hace poco, los asentamientos sincrónicos a las necrópolis en cista del Bronce del Sudoeste eran tan escasos como abundantes los de la fase final de la Edad del Bronce, de los cuales desconocíamos cómo disponían de sus muertos.

Las cerámicas carenadas bruñidas que se relacionan con las explotaciones de cobre (PÉREZ, 1996), al fecharse en sincronía con los hábitats de la costa que se estimaban de los siglos IX-VIII a.C., impidieron definir un período arqueológico de la Edad del Bronce que evolucionara directamente de la fase anterior del Bronce del Sudoeste, sin el aporte definidor de los cambios del Horizonte de Cogotas I y anterior a la presencia fenicia, como se ha podido comprobar en el Trastejón (HURTADO y GARCÍA, 1994), y que explicara la presencia de influencias y elementos atlánticos y mediterráneos en contextos locales como la ría de Huelva, un puerto en el que pudieron tener una gran importancia esos contactos exógenos preferenciales.

Si las importaciones micénicas en el Guadalquivir medio (MARTÍN DE LA CRUZ, 1992), localizadas en un contexto muy claro de Cogotas I, tan sólo preceden las primeras cerámicas carenadas bruñidas que pronto van a definir el Bronce final, esta última fase de la evolución local occidental que se había fechado en el siglo IX a.C. debe comenzar durante los siglos finales del II Milenio a.C.

Con estos planteamientos basados en la evidencia arqueológica obtenida en los últimos años, si seguimos utilizando la cronología histórica que aportan tanto los fragmentos micénicos de Montoro como los del Geométrico Medio II de Huelva, restan más o menos unos cuatrocientos años para que se desarrollase el

Bronce Final, dividido si se quiere en un primer período *formativo* y en otro *clásico* o *preferencio* (RUIZ MATA, 1995; GÓMEZ, 1997), un hecho que quizá lleva consigo otro debate interminable. En este sentido, las excavaciones llevadas a cabo en Pocito Chico, en El Puerto de Santa María, han aportado nuevas evidencias que no hacen sino confirmar los problemas de la reconstrucción paradigmática de la Protohistoria del Suroeste (LÓPEZ y otros, 1998). En un asentamiento que se inicia con importantes restos del final de la Edad del Cobre, se ha excavado un fondo de cabaña donde conviven cerámicas del Horizonte de Cogotas I con formas antiguas carenadas del Bronce final, así como unas pocas copas a torno con decoración pintada a bandas rojas y negras, similares a otras obtenidas en una campaña anterior sin un contexto claro (LÓPEZ y otros, 1996), cuyo análisis de pastas permitían adscribir las a un taller local (PRADA, 1996)¹.

Si cuatro siglos es un espacio de tiempo lo suficientemente amplio para que la sociedad occidental en su evolución propia absorbiera y procesara los nuevos aires que circulaban entre el Atlántico y el Mediterráneo, tales como un nuevo metal que invariablemente imponía mezclar el cobre local con estaño importado, para encontrarse inmersa en las complejas estructuras de las relaciones del comercio internacional, y que, en el mismo espacio de tiempo, desarrollara nuevas formas de relaciones sociales, de la producción y del uso de sus recursos, de estrategias de asentamiento y control del territorio de carácter urbano que conllevarían un apreciable aumento de la población, el Bronce Final preferencio representa a una sociedad dinámica y permeable a influencias exteriores, pero con unas características estructurales que le son propias.

Si, por contra, esos siglos resultan ser un espacio demasiado amplio, de ello surge una *Edad Oscura* paralelizable con la general que parece estar siempre presente en otras áreas del Mediterráneo (JAMES, 1993), en la que los procesos antes mencionados se suceden con demasiada rapidez para que se otorgue a la sociedad occidental el protagonismo en su evolución y desarrollo, y que tal vez fuese el peso de lo exógeno lo que determinara inmediatamente los cambios.

Agradecimientos: Al Proyecto de Investigación *Análisis de la implantación y evolución del fenómeno urbano en el S.O. peninsular: Las Campifias onubenses*. (Ministerio de Educación y Cultura. DGICYT. Proy. n.º PB96-1496) y al Grupo HUM-0132 del Plan Andaluz de Investigación (PAI).

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1993): "La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protoorientalizante". *Complutum*, 4. Madrid, 81-94.

¹ Agradecemos a J.J. López Amador y J.A. Ruiz Gil su amabilidad al permitirnos utilizar estos datos.

- ALMAGRO GORBEA, M. y FONTES, F. (1997): "The introduction of wheel-made pottery in the Iberian peninsula: Mycenaean or pre-orientalizing contacts?". *Oxford Journal of Archaeology*, 16 (3). Oxford, 345-361.
- AMORES CARREDANO, F., de y RODRÍGUEZ HIDALGO, J.M. (1985): "Cogotas en Carmona y panorama general sobre este fenómeno en Andalucía Occidental". *Mainake*, VI-VII. 1984-1985. Málaga, 73-90.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1979): *El poblado de 'Los Castillejos' en la Peña de los Gitanos (Montefrío, Granada), campaña de Excavaciones 1971*. Granada.
- AUBET, M.E., SERNA, M.R., ESCACENA, J.L., y RUIZ DELGADO, M.M. (1983): "La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). campaña de 1979". *Excavaciones Arqueológicas en España*, 122. Madrid.
- BANDERA ROMERO, M.L. de la, CHAVES TRISTÁN, F., ORIA SEGURA, M., FERRER ALBELDA, E., GARCÍA VARGAS, E. y MANCEBO DÁVALOS, J. (1993): "Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el período Orientalizante (campañas de 1980 y 1981)". *AAC*, 4. Córdoba, 15-48.
- BLÁZQUEZ, J.M., LUZÓN, J.M., GÓMEZ, F., CLAUSS, K. (1970): *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro, Huelva*. Huelva.
- CAMPOS CARRASCO, J.M. y GÓMEZ TOSCANO, F. (1995): "El territorio onubense durante el Bronce Final". *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera (Cádiz), 137-158.
- CARO BELLIDO, A. (1989): "Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir". M.E. Aubet (Ed.) *Tartessos: Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Barcelona, 85-120.
- CARO, A., ACOSTA, P. y ESCACENA, J.L. (1987): "Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija-Sevilla)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*, II. Sevilla, 168-174.
- CARRIAZO ARROQUIA, J. de Mata (1973): *Tartessos y el Carambolo*. Madrid.
- CHAVES, F. y LA BANDERA, M.C. de (1982): "La cerámica de boquique aparecida en el yacimiento de Montemolín, Marchena, Sevilla". *Habis*, 12. Sevilla, 375-382.
- (1992): "Investigación arqueológica en Montemolín". J.M. Campos y F. Nocete (Assrs) *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía. 1985-1992. Proyectos*. Huelva, 501-513.
- ENRÍQUEZ NAVASCUES, J.J. (1990): "El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica". *Cuadernos Emeritenses*, 2. Mérida, 63-84.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (1995): "La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el "Bronce" que nunca existió". *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera (Cádiz), 179-214.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. y LAZARICH GONZÁLEZ, M. (1991): "A propósito del campaniforme del Berrueco de Medina Sidonia y del problema de su posición estratigráfica". *Anales de la Universidad de Cádiz*, VII-VIII (T-I). Cádiz, 177-201.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; FRUTOS REYES, G. y ALONSO VILLALOBOS, C. (1984): "Avance al estudio del yacimiento del Cerro del Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)". *Anales de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz*, I. Cádiz.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. y FRUTOS REYES, G. de (1985): "Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 24. Madrid, 9-90.
- GARRIDO ROIZ, J.P. y OLMOS ROMERA, R. (1982): "Las cerámicas griegas de Huelva". *Home-naje a S. de Buruaga*. Badajoz, 243-264.

- GÓMEZ TOSCANO, F. (1997): *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir. El territorio y su ocupación*. Huelva.
- (e.p.): "La fase final de la Edad del Bronce en la Sierra de Huelva: ¿Evolución lineal, migraciones locales, o vacíos poblacionales?". *Actas Jornadas de Patrimonio de la Sierra*. Aracena, 1997.
- GÓMEZ TOSCANO, F., ÁLVAREZ GARCÍA, G. y BORJA BARRERA, F. (1992): "Depósito funerario del Bronce en el travertino de Alájar (Huelva). La cavidad AL-24-Geos". *Cuadernos del Suroeste*, 3. Huelva, 43-55.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., BARRIONUEVO CONTRERAS, F. y AGUILAR MOYA, L. (1995): "Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir". *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera, Cádiz, 215-237.
- GUTIERREZ LÓPEZ, J.M.; RUIZ GIL, J.A. y LÓPEZ AMADOR, J.J. (1993a): "El yacimiento arqueológico de Campín Bajo. Su enmarque en el poblamiento de Andalucía occidental y el Guadalquivir durante el tránsito del II al I Milenio. Una propuesta de interpretación (I)". *Revista de Historia de El Puerto*, Año VI, N1 10. El Puerto de Santa María, Cádiz, 11-46.
- (1993b): "El poblamiento de Andalucía Occidental y el Guadalquivir durante el tránsito del II al I Milenio. Una propuesta de interpretación (y II)". *Revista de Historia de El Puerto*, Año VI, n.º 1 11. El Puerto de Santa María, Cádiz, 11-35.
- HARRISON, R.J., BUBNER, T. y HIBBS, V.A. (1976): "Beaker Pottery from El Acebuchal, Carmona (prov. Sevilla)". *Madriider Mitteilungen*, 17. Mainz, 79-141.
- HURTADO PÉREZ, V. y GARCÍA SANJUAN, L. (1994): "Áreas funcionales en el poblado de la Edad del Bronce de El Trastejón (Zufre, Huelva)". En J.M. Campos, J.A. Pérez, F. Gómez (Ed.) *Arqueología del entorno del bajo Guadiana*. Huelva, 239-271.
- JAMES, P. (1993): *Siglos de oscuridad: Desafío a la cronología tradicional del Mundo Antiguo*. Barcelona.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A. (1994): "Nuevos datos para la definición de la etapa final del Bronce en Carmona (Sevilla)". *Spal*, 3. Sevilla, 145-177.
- LÓPEZ, J.J., BUENO, P., RUIZ, J.A. y PRADA, M. (1996): *Tartesios y fenicios en Campillo (El Puerto de Santa María, Cádiz), Una aportación a la cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa*. Cádiz.
- LÓPEZ, J.J., RUIZ, J.A. y BUENO, P. (1998): "Desde el corazón de Tartessos. Excavaciones en Pocito Chico". *Revista de Arqueología*, 202. Madrid, 10-19.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1988a): "El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba". *Excavaciones Arqueológicas en España*, 151. Madrid.
- (1988b): "Mykenische Keramik aus bronzzeitlichen siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir". *Madriider Mitteilungen*, 29. Mainz, 77-92.
- (1992): "La Península Ibérica y el Mediterráneo en el II Milenio a.C.". *El Mundo micénico. Cinco siglos de la primera civilización europea. 1600-1100 a.C.*. Madrid, 110-114.
- MONGE SOARES, A.M.; ARAUJO M.F. y PEIXOTO CABRAL, J.M. (1994): "Vestígios da prática de metalurgia em povoados calcolíticos da bacia do Guadiana, entre o Ardila e o Chança". En Campos, Pérez y Gómez (Coord.) *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*. Huelva, 165-200.
- MORAIS ARANUD, J. (1979): "Coroa do Frade. Fortificação do Bronze Final dos arredores de Évora. Excavações de 1971-72". *Madriider Mitteilungen*, 20. Heidelberg, 56-92.
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1994): *Aproximación al estudio de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana: La Solana del Castillo de Alange (1987)*. Salamanca.

- PELLICER CATALÁN, M. (1994): "Andalucía en el Bronce Reciente". *Act. II Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba, 65-78.
- PELLICER, M. y AMORES, F. de (1985): "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA/80/B". *Noticiario Arqueológico Hispano*, 22. Madrid, 55-189.
- PELLICER, M. y HURTADO, V. (1987): "Excavaciones en la Mesa de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*, II. Sevilla, 338-341.
- PÉREZ MACÍAS, J.A. (1983): "Introducción al Bronce Final en el noroeste de la provincia de Huelva". *Habis*, 14. Sevilla, 207-237.
- (1996): *Metalurgia extractiva prerromana en Huelva*. Huelva.
- PRADA JUNQUERA, M. de (1996): "Yacimiento de Arroyo del Campillo (Cádiz)". En J.J. López Amador (Ed.) *Tartessos y fenicios en Campillo (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Cádiz, 73-109.
- RAMOS MUÑOZ, J. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1992): "Prospección arqueológica superficial en el término municipal de Jerez de la Frontera, Cádiz. Campaña de 1990". *Anuario Arqueológico de Andalucía/1990*. Sevilla, 64-75.
- ROMERO BOMBA, E. (1995): "El Bronce del Suroeste en la Sierra de Aracena". *Cuaderno Temático del Museo de Huelva*, 7. Sevilla.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.L. (Ed.) (1993): "El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce". *Complutum*, 4. Madrid, 41-68.
- (1995): *Ritos de paso y puntos de paso: La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Madrid.
- RUIZ MATA, D. (1994a): "La secuencia prehistórica reciente de la zona occidental gaditana, según las recientes investigaciones". En Campos, Pérez y Gómez (Edrs) *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*. Sevilla, 279-328.
- (1994b): "El Bronce en el Bajo Guadalquivir". En L. Castro y S. Reboreda (Coord.) *Edad del Bronce*, Orense, 233-276.
- (1995): "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico". *Tartessos 25 años después (1968-1993)*. Jerez de la Frontera, Cádiz, 265-313.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ PÉREZ, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Cádiz.
- SERNA, M.R., ESCACENA, J.L. y AUBET, M.E. (1984): "Nuevos datos para una definición del Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir". *BAR, International Series*, 229. Oxford, 1051-1073.
- SCHUBART, H. (1975): *Die Bronzezeit im Sdwesten der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen, 9. Berlin.
- SCHÜLE, W. (1969): "Tartessos y el hinterland (Excavaciones de Orce y Galera)". En J. Maluquer (Ed.) *Tartessos y sus problemas*. Barcelona, 15-32.